

# NEW LEFT REVIEW 129

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2021

## ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Desigualdad y democracia	7
MICHAEL DENNING	Todos legisladores	33
JAVIER MORENO ZACARÉS	¿Euforia del rentista?	51
NICK BURNS	La política de Pessoa	75
MARCUS VERHAGEN	Arte y tiempo	103
PERRY ANDERSON	Timpanaro en la angloesfera	115

## CRÍTICA

SASKIA SCHÄFER	Revoluciones contrastadas	130
ERIKA BALSOM	Visiones radicales del cine	141
TONY WOOD	Problemas en Ecuador	150
JOY NEUMEYER	Enterrar al Homo Sovieticus	160

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



## ¿EUFORIA DEL RENTISTA?

**A**PESAR DE LAS crisis cíclicas y las ocasionales depresiones, es habitual hablar del desarrollo capitalista como una dinámica de crecimiento autoexpansivo. Sin embargo, desde la década de 1970, el estancamiento se ha generalizado a escala global en medio de una caída de la rentabilidad en la esfera de la producción de mercancías. El traslado de la infraestructura manufacturera mundial a economías de salarios bajos no ha conseguido compensar este proceso; por el contrario, los países recién industrializados han comprimido las ganancias de productividad de sus predecesores en ciclos de crecimiento cada vez más cortos, recreando sus problemas con mayor rapidez. Mientras tanto, el capital se ha dirigido hacia aventuras especulativas que prometían mejores rendimientos. El resultado ha sido un modelo de crecimiento débil, sostenido por burbujas financieras, que ha dejado un rastro de crisis destructivas y recuperaciones sin creación de empleo en el camino hacia la Gran Recesión. En la década transcurrida desde 2009, los bancos centrales del mundo rico han inundado de dinero sus anémicas economías sin ningún resultado. Como el crecimiento no consigue despegar, los ricos están abdicando de sus deberes inversionistas y aparcan sus capitales en bonos gubernamentales a pesar de sus tasas negativas de interés; ahora los propietarios del capital están pagando literalmente a los Estados para que cojan su dinero.

Aunque la historia del estancamiento secular se ha vuelto familiar, sigue rodeada de considerables debates. En primer lugar, hay maneras contrapuestas de conceptualizar la actual etapa del desarrollo capitalista. Las tendencias conceptuales han variado con el paso de las décadas: capitalismo tardío, posfordismo, capitalismo cognitivo. Sin embargo,

el término que ha surgido para volverse predominante en los últimos quince años aproximadamente es el de «financiarización», un concepto que subraya la creciente relevancia en la economía mundial de las finanzas, los seguros y el mercado inmobiliario a expensas de la producción industrial<sup>1</sup>. En segundo lugar, las causas subyacentes del auge del «capitalismo financiarizado» son tema de controversia. Hay quien consideran el estancamiento como una consecuencia de la reestructuración neoliberal acaecida tras la crisis de estanflación de la década de 1970. Desde esta perspectiva, el neoliberalismo empoderó a unos financieros cortos de miras atrapados por sus intereses especulativos, lo cual atrofió de diversas maneras el dinamismo productivo del capitalismo. Otros autores sostienen que el capitalismo alcanzó su techo con la «edad de oro» del periodo de expansión de posguerra, durante el cual la intensa competencia internacional dio paso al debilitamiento de la rentabilidad y al estancamiento secular, lo cual tuvo como consecuencia el exceso de capital en forma de capital financiero.

Hay un tercer debate que acecha bajo la superficie, un debate que todavía no ha estallado por completo pero que cada vez adquiere más atención: la cuestión de si estamos asistiendo a una transición más allá del capitalismo. Immanuel Wallerstein consideró la financiarización como el ocaso del sistema-mundo capitalista, con la Gran Recesión certificando su irreversible desaparición. En aquel momento, profetizaba que «podemos estar seguros de que dentro de treinta años no viviremos en el sistema-mundo capitalista»; «el nuevo sistema social que saldrá de esta crisis será sustancialmente diferente». Lo que pudiera ser ese sistema era una «cuestión política y por ello abierta»<sup>2</sup>. Por buenas razones, la mayoría de los teóricos no son tan confiados como para hacer predicciones con semejante precisión astronómica, pero eso no ha evitado que un creciente número de voces planteen la posibilidad de que el capitalismo que conocemos esté deformándose para convertirse en otra cosa.

Para los economistas políticos clásicos, el capitalismo estaba definido por un modelo de crecimiento autosostenido impulsado por la competencia

---

<sup>1</sup> Greta Krippner, «The Financialization of the American Economy», *Socio-Economic Review*, vol. 3, núm. 2, 2005. Özgür Orhangazi, *Financialization and the US Economy*, Cheltenham, 2008. Mi agradecimiento a Elisabeth Wallmann, Callum Ward e Ilias Alami por sus comentarios sobre borradores previos de este artículo. Este ensayo fue escrito con el apoyo financiero del Leverhulme Trust.

<sup>2</sup> Immanuel Wallerstein, «El sistema que salga de la crisis será muy diferente», *Periódico Diagonal*, 19 de febrero de 2009.

del mercado. La competencia obliga a los productores a maximizar la rentabilidad de sus operaciones, habitualmente por medio del ahorro de mano de obra, dando lugar a una sistemática expansión de la producción que abarata el precio de las mercancías; lo que los marxistas han llamado desde hace mucho tiempo la «ley del valor». Si semejante dinámica es lo que distingue al capitalismo de otros modos de producción, entonces necesitamos afrontar el hecho de que la economía capitalista mundial parece estar transformándose en la imagen invertida de esa dinámica. Con el crecimiento ralentizándose notablemente y la productividad estancándose, parece que ahora la acumulación no consiste en *fabricar algo* sino simplemente en *poseer algo*. La generación de beneficios consiste cada vez más en monopolizar activos escasos para elevar su precio, una práctica que los economistas clásicos denominaban «renta» y que no identificaban con los capitalistas, sino con los terratenientes. A medida que el rentismo toma el control, parece que las distintas formas de extracción de excedente del capitalismo, organizadas alrededor de las presiones impersonales del mercado mundial, están dando paso a formas de explotación jurídico-políticas: tarifas, honorarios, arrendamientos o ganancias de capital sustentadas políticamente. Desde el fallecido David Graeber hasta Robert Brenner, acreditados teóricos del capitalismo con ideas opuestas sobre sus orígenes y desarrollo, están coincidiendo ahora en la opinión de que los modelos contemporáneos de dominación de clase parecen, cada vez más, no capitalistas<sup>3</sup>. Para McKenzie Wark, esto justifica una provocativa pregunta: ¿se trata de algo peor?<sup>4</sup>.

### *Redefinir renta*

En un magistral estudio, Brett Christophers arroja luz sobre las dinámicas capitalistas contemporáneas reformulando el concepto de «rentismo». Su libro, *Rentier Capitalism*, define la renta como el «pago a un actor económico (el rentista) [...] simplemente en virtud de que controla algo de valor». Los activos que producen rentas pueden ser físicos, como los recursos naturales cercados o una parte del entorno edificado, o pueden ser entidades puramente legales, como la propiedad intelectual. De lo que se trata es de asegurar «los ingresos derivados de la propiedad,

---

<sup>3</sup> David Graeber, «Imagining a World with no Bullshit Jobs», *Dissent*, 16 de agosto de 2018. Robert Brenner ha hecho esta observación en una serie de recientes entrevistas en *Jacobin Radio*.

<sup>4</sup> McKenzie Wark, *Capital Is Dead: Is This Something Worse?*, Londres y Nueva York, 2019.

posesión o control de activos escasos bajo condiciones de competencia limitada o nula»<sup>5</sup>. Christophers describe esto como una síntesis de las perspectivas de los economistas políticos clásicos, que consideraban la renta como el beneficio procedente de un monopolio derivado de la escasez objetiva de un activo, con las de los economistas ortodoxos, que califican como «renta» todos los beneficios extraordinarios obtenidos de una competencia atrofiada, tales como los derivados de la captura del proceso de regulación. Esta contraposición es de algún modo una caricatura: ¿fue Marx, por ejemplo, verdaderamente inconsciente de que la renta de la tierra surge del cercamiento y no de la pura escasez de la misma? Sin embargo, la redefinición de la renta que hace Christophers inyecta una notable dosis de claridad en un tema que de otro modo es oscuro y complejo, un tema que hasta hace poco estaba confinado a la geografía crítica, el campo de estudio del autor.

Para Christophers, el capitalismo en su etapa actual no solo está dominado por la renta y los rentistas; también, «en un sentido mucho más profundo, está sustancialmente estructurado por –y organizado alrededor de– los activos que generan esas rentas y sustentan a esos rentistas». En otras palabras, estamos viviendo en un *rentier capitalism* en el pleno sentido del término: «un modo de organización económica en el que el éxito se basa principalmente en lo que controlas, no en lo que haces; el balance de situación es lo único que cuenta». Los días de la destrucción creativa pasaron hace mucho tiempo. Esta variante del capitalismo está estructurada alrededor de «tener» en vez de «hacer»; está «impregnada por un *ethos* propietario en vez de empresarial» en el que el ritmo de la reproducción social ya no lo establece la feroz competencia existente en la esfera de la producción de mercancías, sino «el aseguramiento, la protección y la explotación intensa de activos escasos», lo cual trae aparejadas tendencias inherentemente monopolistas que son «por lo general perjudiciales para el dinamismo y la innovación», ya que la seguridad del rentismo desincentiva inversiones que potencien la productividad. Para Christophers, el término «rentarización» recoge mejor el estado estancado del capitalismo contemporáneo que el término «financiarización», que se centra en el redireccionamiento de las actividades económicas hacia los canales financieros. Este último término «privilegia un aspecto de una transformación estructural más amplia e ignora los demás, varios de los cuales, como sugieren los datos, han sido tan materialmente sig-

---

<sup>5</sup> Brett Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, Londres y Nueva York, 2020, pp. xvi, xxiv.

nificativos o más que la expansión de las finanzas»<sup>6</sup>. Como disecciona Christophers en el libro, el rentismo contemporáneo es un fenómeno sumamente complejo y multifacético. Si el rentista del siglo XIX era fundamentalmente un financiero o un terrateniente, los rentistas actuales también obtienen corrientes de ingresos de las plataformas digitales, las reservas de recursos naturales, la propiedad intelectual, los contratos de servicios o las infraestructuras.

### *Rentismo en un solo país*

El objeto empírico del libro es la Gran Bretaña neoliberal, la economía rentista *par excellence*. A lo largo de siete capítulos rebosantes de datos útiles, Christophers analiza el papel de los diferentes tipos de rentistas que han surgido desde la década de 1970, señalando su peso en la economía así como las transformaciones institucionales que sustentan sus actividades. La masiva privatización de activos públicos realizada por Thatcher —empresas, edificios y terrenos de propiedad pública— dio vida a rentistas basados en las infraestructuras y aumentó las filas de los rentistas inmobiliarios, mientras que la propagación de los contratos públicos debido a la externalización dio origen a rentistas cuya renta procedía de los contratos de prestación de servicios. La liberalización de las finanzas y la caída de los tipos de interés facilitaron el aumento de la deuda los hogares, de los organismos públicos y de las empresas con el correspondiente devengo de intereses, lo cual impulsó el poder de los rentistas financieros. La explotación de las reservas de petróleo del Mar del Norte y la invención de las tecnologías de las plataformas digitales aumentaron el volumen de las rentas procedentes de los recursos naturales y de las tecnologías derivadas de la digitalización. A su vez, el fortalecimiento de los derechos de propiedad fortaleció al rentismo en su conjunto, como lo hizo la neutralización a largo plazo de las leyes de la competencia y la creciente indulgencia hacia las prácticas monopolistas. La política tributaria también resultó clave, especialmente la disminución del gravamen de las ganancias de capital, que relajó la presión fiscal sobre las ganancias producidas por la liquidación de activos, permitiendo que los aumentos de precios de los activos crecieran descontroladamente. El neoliberalismo como tal no solo apoyó simplemente los ingresos de los rentistas, sino también el propio valor de sus activos. Los exorbitantes beneficios monopolistas proporcionados por el rentismo redirigieron el capital hacia sectores de baja productividad,

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. xviii, 40, 31, 5.

dando lugar a una economía estancada que, debido a la desarticulación de las organizaciones de los trabajadores, también está marcada por una creciente desigualdad. Sustentando esta formación social se encuentra una alianza de clase tácita entre las grandes empresas y los pequeños rentistas: propietarios de viviendas ansiosos por los aumentos de los precios de la vivienda y confortables rentistas lectores de *The Telegraph* que dependen de los ingresos de sus fondos de pensiones.

Pese a todas sus cualidades conceptuales y empíricas, *Rentier Capitalism* adolece de un cierto número de lagunas. A pesar de pretender contar una historia más amplia sobre la era neoliberal, el planteamiento del libro muestra un considerable «nacionalismo metodológico». Aparte de un reconocimiento inicial de que el capitalismo británico carece ahora de integridad geoeconómica («Londres es un lugar donde el capitalismo mundial hace negocios, no donde el capitalismo británico hace los negocios del mundo»), el libro no entra demasiado en la cuestión de la posición de la Gran Bretaña rentista en la economía política global, ni cómo esa posición puede estar determinada por un legado de imperialismo global y poder neocolonial<sup>7</sup>. Además, aunque el libro comienza con un excelente análisis teórico del rentismo, descuida el otro término que aparece en su título: el capitalismo. Lo que es el propio capitalismo está dado realmente por sabido en todo el estudio. Esta omisión es particularmente importante para nuestros propósitos, ya que impide que Christophers entienda plenamente lo que el actual proceso de rentarización, tan bien reflejado en su análisis, indica sobre el pasado, el presente y el futuro del capitalismo.

Lo más cercano a una definición del capitalismo en el estudio de Christophers es una pasajera identificación de su «esencia» con el intercambio de mercancías<sup>8</sup>. Ello equivale a recurrir a una noción de «sociedad comercial» según la cual el capitalismo es esencialmente un modo de organización económica en el que los beneficios se obtienen por medio del comercio. El problema con esta perspectiva es que presume precisamente lo que necesita explicación. El intercambio de mercancías ha existido desde tiempos inmemoriales sin poner en marcha las dinámicas del moderno desarrollo económico, de lo cual Marx era consciente en su esfuerzo por historizar los orígenes del capitalismo. Para él, el simple desarrollo de formas «antediluvianas» de capital («el

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 29.

capital que genera intereses [...] junto a su hermano gemelo, el capital mercantil») era insuficiente para explicar el surgimiento del modo de producción capitalista. Por el contrario, Marx señalaba que siempre que el capital alcanzaba cierta supremacía social antes del capitalismo, tendía a hacerlo a expensas de la producción: «se aferra a ella como un parásito»; «paraliza las fuerzas productivas en vez de desarrollarlas y perpetúa simultáneamente esas lamentables condiciones en las que no se desarrolla la productividad social del trabajo»<sup>9</sup>.

### *Dos lógicas*

Estos capitales precapitalistas funcionaban de acuerdo con lo que Christophers describiría como una lógica rentista. Como ha mostrado Ellen Meiksins Wood, las actividades comerciales de los mercaderes precapitalistas no se apoyaban tanto en la competitividad de la producción como en su capacidad para arbitrar el suministro de bienes en mercados inconexos: comprar barato y vender caro<sup>10</sup>. En este contexto, la posesión de mejores capacidades de expedición, de privilegios monopolistas o de conexiones políticas actuaban como activos susceptibles de generar rentas que permitían a los actores mercantiles precapitalistas *explotar la escasez de mercancías socialmente determinada*. Marx estaba de acuerdo en que el capital rentista tenía una tendencia a asfixiar al capital productivo en las sociedades precapitalistas. Sin embargo, esa ya no era la norma «en el contexto del modo de producción capitalista» en el que «el capital comercial queda degradado respecto a su preponderante existencia anterior»<sup>11</sup>. En resumen, el capitalismo es la primera sociedad histórica donde el capital productivo es capaz de compensar los efectos asfixiantes del capital comercial, permitiendo que ambos se desarrollen de una manera simbiótica en vez de contradictoria.

El argumento de Marx puede ilustrarse con la función desempeñada por la renta de la tierra en la agricultura capitalista. En las sociedades precapitalistas, los campesinos productores organizaban su subsistencia a partir de estrategias pivotadas primordialmente en torno a la «seguri-

---

<sup>9</sup> Karl Marx, *Capital*, volumen III, Londres, 1981, pp. 728-732; ed. cast.: *El capital*, Madrid, 2017.

<sup>10</sup> Ellen Meiksins Wood, *The Origin of Capitalism: A Longer View*, Londres, 2002; ed. cast.: *El origen del capitalismo. Una visión a largo plazo*, Madrid, 2021.

<sup>11</sup> K. Marx, *Grundrisse*, Londres, 1981, pp. 505-507; ed. cast.: *Elementos fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse, 1857-1858)*, Ciudad de México, 2009.



dad ante todo» dependientes del trabajo no remunerado de la familia. Ello desalentaba a realizar arriesgadas innovaciones productivas, lo que significaba que, siempre que se necesitaba aumentar la producción, los hogares campesinos tendían a responder desplegando tanto trabajo familiar como fuera necesario, independientemente de la caída de la producción por cada hora adicional de trabajo. En consecuencia, la tendencia era que la agricultura fuera cada vez más intensiva en trabajo, conduciendo al estancamiento o incluso al descenso de los niveles de productividad y, eventualmente, a crisis de subsistencia. En el contexto de un excedente social estancado, los aumentos de las rentas de los terratenientes reclamaban mayores proporciones de una tarta menguante, lo cual, a su vez, agravaba el problema de subsistencia de los campesinos y aceleraba el declive de su productividad. Sin embargo, la agricultura capitalista se basa en un constante aumento de la productividad. La competencia feroz somete a los agricultores capitalistas a una incesante presión para introducir tecnologías que empleen capital y ahorren trabajo y que les permitan permanecer en el negocio. En este contexto, *la renta extraída por los terratenientes simplemente consume un excedente social en aumento*, lo cual significa que el rentismo no neutraliza forzosamente las ganancias de productividad. De hecho, la renta de la tierra y la producción capitalista pueden incluso desarrollar una relación simbiótica en la que los capitalistas desarrollan las fuerzas productivas más rápidamente simplemente para compensar el coste de las subidas de la renta. Para Robert Brenner, esta espiral de crecimientos recíprocos de la renta y la productividad, que se refuerza a sí misma, es precisamente lo que ante todo dio origen a la agricultura capitalista<sup>12</sup>. En la Inglaterra moderna, los terratenientes imponían a los campesinos arrendamientos a corto plazo, encerrándolos en un mercado de la tierra competitivo que elevaba las rentas a medida que el crecimiento de la población presionaba contra la oferta de tierra. En este contexto, el aumento de la producción se convirtió en la condición para renovar el acceso de los arrendatarios a la tierra, impulsando la propagación de las técnicas de rotación de cosechas y nuevas formas de ganadería. Con el tiempo, la presión del arrendamiento de la tierra recompensó a los arrendatarios más productivos, que concentraron los arrendamientos en grandes explotaciones capitalistas empleando trabajo asalariado.

---

<sup>12</sup> Robert Brenner, «The Agrarian Roots of European Capitalism», *Past and Present*, núm. 97, noviembre de 1982.

Ciertamente, la producción capitalista y la extracción de renta funcionan de acuerdo con lógicas diametralmente opuestas. La producción capitalista supone la continua expansión de la producción acompañada por aumentos de la productividad. Impulsado por la competencia, el capitalista mejora la relación coste/eficiencia de las mercancías que vende, reduciendo los precios a pesar de la caída de las tasas de beneficio. Por el contrario, la extracción de renta depende de la reproducción de la escasez. El rentista es un acaparador por definición, un actor comercial que explota la capacidad para monopolizar los mercados con el fin de elevar los precios todo lo posible. Quizá por esta razón, Christophers sostiene que la «desrentarización» produciría una forma de capitalismo «más pura», una forma «más justa y competitiva»<sup>13</sup>.

Haciéndose eco de los trabajos de Thomas Piketty y Mariana Mazzucato, Christophers considera sistemáticamente la renta como un obstáculo para el modo de producción capitalista, ya que los hipertrofiados beneficios derivados de los activos generadores de renta alejan al capital de sus deberes en cuestiones de productividad e innovación. Pero la relación no necesita ser contradictoria. Aunque la extracción de renta es siempre una molestia para el capitalista individual, ya que desvía beneficios extraordinarios, no necesita socavar *per se* el dinamismo capitalista, porque el capitalismo es el primer modo de producción en el que el crecimiento del capital productivo puede superar los asfixiantes efectos del capital rentista.

Este hecho problematiza el relato histórico del actual proceso de rentarización que elabora Christophers. Describe al Reino Unido como una nación rentista «por predisposición histórica», señalando que los rentistas han tenido un papel dominante en la sociedad británica «desde los primeros días de su odisea capitalista», especialmente los terratenientes y los financieros. Sostiene que el rentista quedó temporalmente desplazado de su posición dominante desde principios hasta mediados del siglo xx, cuando grandes cantidades de tierras se convirtieron en propiedad pública y las finanzas fueron sometidas a la regulación gubernamental, allanando el camino para la gran expansión industrial registrada durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Cuando esta vigorosa expansión alcanzó su punto de agotamiento en la década de 1970, descrito como un «declive secular» sin más explicaciones, la reestructuración neoliberal trajo consigo la venganza del rentista. Con el rentismo desenfrenado, el regreso a la norma

---

<sup>13</sup> B. Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, cit., p. 388.

ha pasado factura al dinamismo del capitalismo británico<sup>14</sup>. El problema de esta narrativa es que no supera una prueba elemental de comparación histórica. Considerando que Gran Bretaña encabezó las revoluciones agraria e industrial, ¿por qué la disposición histórica del país hacia el rentismo no ahogó entonces el desarrollo de las fuerzas productivas? Esta pregunta no contestada da pie a otras más. Si el rentismo no estranguló el dinamismo capitalista en el siglo XIX, ¿entonces qué significa decir que lo está haciendo ahora? Y por extensión, ¿qué ocurre si el actual proceso de rentarización no es en absoluto la fuente de la desaceleración capitalista, sino solamente el síntoma de una enfermedad más profunda?

### *Sobrecapacidad industrial*

Quizá sea el propio capitalismo el que está en retirada, y el rentismo está simplemente colonizando sus ruinas. Esta es la premisa central de Aaron Benanav en *Automation and the Future of Work* (2020): el motor del crecimiento capitalista –el capital productivo– se está agotando por su propia voluntad. El libro está escrito en un diálogo crítico con el «discurso de la automatización», la extendida perspectiva de que el galopante cambio tecnológico está haciendo que el trabajo asalariado sea cada vez más redundante. El discurso de la automatización, adoptado por un amplio abanico de analistas –desde neoliberales ultraconservadores y gurús tecnológicos a aceleracionistas de extrema izquierda– considera que la fuente de la creciente inseguridad en el empleo y del estancamiento salarial se encuentra en una nueva generación de tecnologías que reducen la necesidad de mano de obra. Benanav refuta esta tesis. Si la tecnología que ahorra trabajo fuera responsable de la pauta de destrucción de empleo a largo plazo, entonces las tasas de crecimiento de la productividad del trabajo (producción por trabajador) deberían estar acelerándose, cuando de hecho se están ralentizando. Sin embargo, a diferencia de Christophers, Benanav no atribuye la ralentización al crecimiento del rentismo, sino a «un agravamiento de la sobrecapacidad en los mercados mundiales para los bienes manufacturados»<sup>15</sup>.

En apenas cien páginas, Benanav combina la precisión técnica con un admirable grado de claridad argumentativa para reorganizar el puzle del estancamiento global. Partiendo de la tesis de Robert Brenner de

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 1-5, 19.

<sup>15</sup> Aaron Benanav, *Automation and the Future of Work*, Londres y Nueva York, 2020, p. 24. De próxima aparición en *Traficantes de Sueños*.

la «larga recesión», Benanav sostiene que esta saturación histórica del capitalismo global tiene sus orígenes en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial. Respalda por las transferencias de tecnología estadounidense y por los intereses geopolíticos, la reconstrucción de Europa y Japón hizo que sus infraestructuras industriales se pusieran a la altura de los productores estadounidenses e intensificó la competencia internacional en las exportaciones de productos manufacturados. Sin embargo, ello no disuadió a otras regiones del planeta de construir sus propias infraestructuras industriales y de adoptar estrategias de crecimiento impulsado por las exportaciones. La propagación de la industrialización saturó los mercados internacionales y redujo los precios de los productos manufacturados, haciendo que fuera más difícil alcanzar tasas rápidas de expansión industrial. Desde finales de la década de 1960, los países de rentas altas empezaron a desprenderse del empleo industrial dada la caída de las tasas de beneficio, mientras que los países que se habían incorporado más tarde a la industrialización siguieron rápidamente el mismo camino cuando alcanzaron la frontera técnica. La desindustrialización llegaba al sur de Europa a finales de la década de 1970, mientras que América Latina, Asia oriental y sudoriental y el África meridional siguieron el mismo camino en las décadas de 1980 y 1990. En muchos países más pobres, el grado de industrialización fue tan bajo «que sería más exacto decir que nunca llegaron a industrializarse»<sup>16</sup>.

El análisis de Benanav deja el impulso histórico del capitalismo de maximizar la productividad en una posición incómoda que podría necesitar mayor explicación. Benanav insiste en que la causa inmediata del estancamiento no es el crecimiento de la productividad *per se*, sino la superabundancia registrada en el mercado mundial ocasionada por la multiplicación de las infraestructuras técnicas. Sin embargo, es evidente que la causa subyacente de la sobrecapacidad es el imperativo de aumentar la productividad por medios intensivos en capital, dado que de otra manera no hubiera habido ninguna necesidad de multiplicar estas infraestructuras técnicas. Benanav parece ser, no obstante, plenamente consciente de esto. Como señala, las economías que han conseguido retener las mayores proporciones del empleo en el sector industrial son precisamente aquellas que más se han robotizado en respuesta a la feroz competencia industrial<sup>17</sup>. En otras palabras, la aparente degradación de la productividad que señala su narrativa necesita interpretarse junto a su crítica del discurso de la automatización.

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 28.

El error de los teóricos de la automatización radica en atribuir la desindustrialización global *directamente* al crecimiento de la productividad, lo que les hace perder de vista cierto número de eslabones intermedios en la cadena causal. Ello surge de un engaño estadístico. Los teóricos de la automatización asumen equivocadamente que las tasas de productividad industrial están acelerándose, porque han permanecido elevadas en relación al crecimiento de la producción. Sin embargo, esto parece ser así solamente «porque el baremo aplicado al crecimiento de la producción, en relación al cual se mide la productividad, ha estado disminuyendo». En realidad, las tasas de productividad industrial están ralentiéndose y la producción está ralentiéndose todavía más deprisa. El proceso es realmente un proceso de «desindustrialización impulsada por la producción». Los sobresaturados mercados globales de bienes manufacturados se han traducido en la disminución de las tasas de beneficio y el descenso de las tasas de inversión en capital fijo, lo cual trae aparejada la correspondiente desaceleración económica. Esto, a su vez, implica la ralentización de la productividad, ya que las bajas tasas de crecimiento hacen que las empresas «renuncien a efectuar grandes inversiones para aumentar su capacidad productiva; muchos nuevos aparatos exhibidos en las ferias comerciales no consiguen encontrar el camino a los lugares de trabajo»<sup>18</sup>. En otras palabras, el impulso del capitalismo para intensificar la productividad sigue siendo la fuente del problema, pero el proceso es más complejo de lo que sugiere la fijación con la tecnología que tienen los teóricos de la automatización.

### *Una recesión generalizada*

Este agotamiento de la industrialización global arroja una oscura expectativa sobre el futuro del capitalismo, ya que no hay motores alternativos viables para el crecimiento. La sobrecapacidad es incluso más extrema en la agricultura, mientras el sector servicios, que ahora incluye a la mayoría de la fuerza de trabajo mundial, no es particularmente susceptible de experimentar saltos en la productividad. Históricamente, los impedimentos para el aumento de la misma en la prestación de servicios se han superado «precisamente industrializándolos», es decir, reemplazando a los trabajadores empleados en los mismos por bienes manufacturados en la senda mostrada por la sustitución del trabajo de las lavanderas por el empleo de la lavadora. Haciéndose eco del trabajo de William Baumol, Benanav sostiene que los servicios sufren una inherente «enfermedad de costes». Los bajos índices de crecimiento de la

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 23, 21, 42.

productividad significan que «los servicios se vuelven más caros en relación con las mercancías», lo que a su vez significa que el «crecimiento de la demanda de servicios depende del crecimiento de los ingresos en la economía en general». Ello plantea un grave problema en un contexto de salarios estancados y precariedad generalizada: «A medida que el índice de crecimiento económico global se ralentiza, dado el deterioro del motor del crecimiento industrial, el ritmo del crecimiento del empleo en el sector servicios debería disminuir también, como ha sucedido por lo general en los países capitalistas avanzados»<sup>19</sup>.

Así que, ¿a dónde se dirige el capital en una economía mundial estancada? «A medida que los países se han desindustrializado, también han registrado una masiva acumulación de capital financiarizado a la búsqueda de rendimientos derivados de la propiedad de activos relativamente líquidos en vez de la realización de inversiones a largo plazo en nuevo capital fijo». La consecuencia de ello es un proceso de constante desinversión de capital productivo «y de caída de los tipos de interés a largo plazo a medida que la oferta de fondos para atender el endeudamiento supera considerablemente la demanda». El crecimiento del capital financiero a su vez ha alimentado las burbujas derivadas del incremento del precio de los activos, ofreciendo un espejismo periódico de efecto riqueza para los hogares más acomodados que les permite impulsar su consumo. Cuando estallan las burbujas, estos mismos hogares tienden a «abstenerse de consumir para pagar sus propias deudas, generando largos periodos de malestar económico»<sup>20</sup>. Esta dinámica de estancamiento-financiarización es la que desencadena la rentarización del capitalismo, y no a la inversa como afirma Christophers. Dado el estancamiento de las tasas de crecimiento, la acumulación de capital se convierte en gran medida en un conflicto redistributivo de suma cero en el que la inversión huye a la seguridad del rentismo. Las reformas neoliberales no originaron este proceso, aunque sin duda lo magnificaron al eliminar las restricciones existentes que pesaban sobre los beneficios procedentes de los monopolios y al facilitar las ganancias de capital inducidas por las burbujas derivadas del incremento del precio de los activos. Como en las sociedades precapitalistas, los ritmos de crecimiento de la producción están ahora subordinados a las dinámicas rentistas de las actividades financieras y mercantiles, aunque esta vez la causa subyacente no es el asfixiante control del rentista, sino el propio agotamiento productivo del capitalismo.

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 57-60.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 35-38.

El problema es que, a medida que el rentismo se impone, el capitalismo se parece cada vez menos a sí mismo. ¿Estamos atrapados en una transición que nos lleva más allá del capitalismo? La mera pregunta puede suscitar respuestas incrédulas. Desde luego, seguimos viviendo en una sociedad mediada por el dinero y los mercados, pero lo mismo les sucedía a los seres humanos en la antigüedad. Se podría señalar que el estancamiento productivo, del tipo que identifica Benanav, es en sí mismo el resultado de la competencia capitalista, constatación de que la «ley del valor» capitalista sigue funcionando. Pero de nuevo, las transiciones históricas son a menudo procesos prolongados y complicados en los que los viejos modos de producción tienden a persistir y coexistir con los nuevos. «No hay distinciones claras y simples», señala Christophers hablando de los rentistas, «es poco probable que todos los ingresos del rentista tomen la forma de rentas»; «los ingresos se derivan simultáneamente del control de un activo y del trabajo que supone la entrega del producto o del servicio que avala ese activo»<sup>21</sup>. Lo mismo podría decirse sobre todas las formaciones sociales en las que la producción capitalista persiste en la nueva sociedad, pero queda relegada de su papel preponderante. Para determinar si una sociedad merece o no la etiqueta de «capitalista», la cuestión decisiva es dilucidar qué es lo que marca el ritmo de la reproducción social. Si, como afirma Christophers, el rentismo se ha vuelto la lógica dominante, desplazando al crecimiento de la productividad y a la destrucción creativa como el principio central de la organización social, entonces el modo de producción capitalista ha quedado supeditado a otra cosa. En este caso, hablar de «capitalismo rentista» sería un nombre poco apropiado y necesitaríamos un nuevo término para denominarlo.

### *Enterrando al capital*

«Desde luego, hay muchas evidencias de que esto sigue siendo capitalismo o mayoritariamente capitalismo», dice McKenzie Wark en *Capital is Dead*. La cuestión es, por el contrario, «si está surgiendo un nuevo modo de producción y si cualitativamente es lo suficientemente diferente como para denominarlo de otra forma». Esta es la premisa inicial del provocativo libro de Wark, que señala la falta de imaginación histórica del marxismo contemporáneo al que acusa de contentarse con la idea de que «dado que el comunismo no se ha impuesto, esto debe

---

<sup>21</sup> B. Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, cit., p. xxv.

seguir siendo capitalismo». Para Wark, después de décadas de aplastantes derrotas, los «refinados marxistas» académicos han dejado de examinar al capitalismo como un fenómeno histórico evolutivo, porque tácitamente han hecho las paces con la idea de que no puede ser vencido. La tarea, por lo tanto, es sacudirnos lo que Wendy Brown llamó la «melancolía de la izquierda»<sup>22</sup>. Wark nos recuerda que hubo un tiempo en que había «un lenguaje sobre las transiciones entre los modos de producción», un lenguaje en el que el capitalismo era un proceso con un claro origen histórico y, potencialmente, un punto final<sup>23</sup>. El libro pretende recuperar esta forma de razonamiento histórico mediante un creativo experimento intelectual, de conclusiones agrídulces. «Así que la mala noticia es que esto ya no es capitalismo: es algo peor. Y la buena es que el capital no es eterno e incluso aunque este modo de producción sea peor, no es para siempre: podría haber otros»<sup>24</sup>.

Entonces, ¿cuál es el último monstruo que ha engendrado la sociedad de clases? Wark lo bautiza como el modo de producción *vectoralista*. Los recientes avances tecnológicos han hecho que la información sea extremadamente barata y abundante, planteando el problema de «cómo mantener formas de desigualdad de clase, de opresión, de dominación y de explotación, basadas en algo que ahora, en principio, es ridículamente abundante». Para resolver esta contradicción el capitalismo se ha transformado en un nuevo modo de producción basado en el control de lo que Wark llama «vectores de información», una abstracción que designa la «infraestructura sobre la que se envía la información, ya sea en el espacio o el tiempo». Si la propiedad y el control de los medios de producción otorgan al capitalista el poder de organizar el trabajo, la propiedad y el control del vector proporcionan al vectoralista el poder de organizar los propios medios de producción por medio de «patentes, derechos de propiedad intelectual, marcas registradas, procesos logísticos patentados y medios similares». Para Wark, actualmente gran parte del poder y la propiedad de las mayores corporaciones mundiales asume ahora la forma vectorial. Como Christophers, ella señala que muchas de

---

<sup>22</sup> M. Wark, *Capital Is Dead: Is This Something Worse?*, cit., pp. 81, 12 y ss.; Wendy Brown, «Resisting Left Melancholy», *boundary 2*, vol. 26, núm. 3, 1999.

<sup>23</sup> M. Wark, *Capital Is Dead: Is This Something Worse?*, cit., pp. 22-23. Este lenguaje permanece vivo y goza de buena salud. El debate sobre la transición prosigue aunque no lo haga con la intensidad de la década de 1970. Una reciente recopilación se encuentra en Xavier Lafrance y Charles Post (eds.), *Case Studies in the Origins of Capitalism*, Londres, 2019

<sup>24</sup> M. Wark, *Capital Is Dead: Is This Something Worse?*, cit., p. 29.



esas empresas «no fabrican realmente las cosas que venden» e, incluso, cuando lo hacen, «una cantidad realmente considerable del valor de la compañía procede de carteras de propiedad intelectual o de la propiedad de datos sobre sus clientes»<sup>25</sup>.

Significativamente, la clase vectoralista es un «nuevo tipo de clase dominante» que en vez de apropiarse de una parte del valor excedente, «explota la asimetría de la información». Esta dinámica ha dado origen a una nueva clase subordinada de «*hackers*» relativamente privilegiados<sup>26</sup>. Como el «cognitariado» de Berardi, la clase *hacker* se describe como la clase que produce nuevos *hacks* de información, ya sean de tipo técnico o cultural<sup>27</sup>. El trabajo del *hacker* «no es como las repeticiones estacionales de la agricultura o los turnos laborales del trabajador»; por el contrario, tiene su propio ritmo específico que no admite las viejas formas de disciplina en el lugar de trabajo. También es importante señalar que este carece de toda «relación entre las unidades de tiempo de trabajo y las unidades de valor producido»; «algo elaborado en el impulso de un momento puede tener un valor enorme y largas horas de esfuerzo pueden acabar siendo inútiles». El trabajo cualitativo de producir nueva información se lo apropia el vectoralista, que lo monetariza convirtiéndolo en una mercancía que puede entrar en el mercado. Los antagonismos de clase prevectoralistas, como las relaciones propietario-arrendatario o capital-trabajo, coexisten e interactúan con la nueva dinámica vectoralista-*hacker*. El vectoralismo sigue estando en la cima de la pirámide del trabajo explotado: cuando empresas como Apple o Google se apropian de la información producida por sus ejércitos de *hackers*, la incorporan a «productos cuya manufactura puede ser ofertada a una clase subordinada de capitalistas». Del mismo modo, los propietarios inmobiliarios se benefician del auge del vector de maneras que el capital no hace. La afluencia de «creativos» y «tecno» gentrifica los barrios y expulsa a los inquilinos de clase trabajadora. Simultáneamente, añade «capas de información al lugar que pueden ser recuperadas como valor objeto de venta a banqueros y abogados y así expulsar a su vez a los simples inquilinos de la clase *hacker*»<sup>28</sup>.

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 5, 55, 45, 115.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 54, 13 y ss.

<sup>27</sup> Franco Berardi, «What does Cognitariat Mean? Work, Desire and Depression», *Cultural Studies Review*, vol. 11, núm. 2, 2005.

<sup>28</sup> M. Wark, *Capital Is Dead: Is This Something Worse?*, cit., pp. 43-46, 92.

Wark sostiene que, en esta compleja formación modal, el modo de producción vectoralista se ha hecho dominante, relegando la producción capitalista a una posición subordinada. La aparición del vectorialismo se describe como el resultado no previsto del estancamiento secular de la producción capitalista. En la década de 1970, las fuerzas de producción se acumularon por encima de sus límites, incapaces de ofrecer resultados mediante los consabidos aumentos de productividad o de atender a las demandas de la clase trabajadora. La clase capitalista encontró una salida al punto muerto «reemplazando el trabajo por el vector y escapando con él» mediante la utilización de las tecnologías de la información para inaugurar maneras más flexibles y abstractas de organizar la producción (globalización, deslocalización) y el consumo (financiarización). Sin embargo, «lo que al principio pareció ayudar al capital a derrotar a la clase trabajadora en el mundo sobredesarrollado acabó derrotando a aquel». La clase capitalista se encontró a sí misma luchando contra una nueva clase que le había proporcionado los medios de esa victoria: los vectorialistas. «Como el aprendiz de brujo, el capital conjuró fuerzas que no podía contener o controlar». El resultado «no es solo una burbuja rentista de especulación que se desarrolla fuera de la “economía real”», sino algo peor: la información tiene propiedades ontológicas que cambian la forma mercancía de maneras cualitativas. Una vez creada, la información «es infinitamente replicable, barata de almacenar y barata de transmitir», lo que significa que su mercantilización necesita medios artificiales de cercamiento igual que la propiedad intelectual. A medida que la mercancía escapa de sus límites materiales y la propiedad privada entra en un nivel de abstracción tan elevado, todo se vuelve disponible para su captura, incluso la privacidad: «Hemos agotado el mundo que mercantilizar y ahora la mercantilización solo puede canibalizar sus propios medios de existencia, tanto naturales como sociales»<sup>29</sup>.

En resumen, el capitalismo está muerto y el vectorialismo está dándose un banquete sobre su cadáver. El argumento sintetizado anteriormente recorre el libro de Wark como un vago hilo conductor. A medida que avanzan las páginas, interesantes observaciones sobre la transición pos-capitalista se ven constantemente intercaladas por incursiones en toda clase de temas: científicos de izquierda del siglo xx; el cambiante punto de vista del Partido Comunista Chino; la genealogía conceptual del «marxismo vulgar» o un comentario sobre la película de Raoul Peck, *The Young Karl Marx*. Para un lector que no esté acostumbrado a la lógica de

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 57, 79, 95, 42, 48.

los estudios culturales (como es mi caso), la estructura del libro puede parecer en ocasiones ecléctica y confusa. No obstante, es innegable que la mezcla de investigación filosófica y creatividad literaria de Wark constituye un trabajo que invita intensamente a la reflexión. De los tres libros examinados en este ensayo, *Capital is Dead* plantea con diferencia las preguntas más interesantes y provocadoras, aunque se respondan mejor cuando junto a él se leen los libros de Christophers y Benanav.

### *Variedades de rentistas*

El argumento de Wark tiene que ser más convincente en al menos dos frentes. En primer lugar, no queda claro por qué el control de la información es la característica dominante del naciente modo de producción. No hay nada peculiar en el vector en cuanto a lucrarse por el hecho de «poseer» en vez de hacerlo por el hecho de «fabricar». Una lógica similar se aplica a otros innumerables sectores que generan rentas, como la infraestructura construida, la propiedad de tierras o las reservas de recursos naturales. Realmente, desde la perspectiva de la taxonomía de Christophers, el vectoralista es simplemente una clase de rentista entre muchos otros. O más bien, una combinación de dos tipos de rentistas: aquellos que obtienen sus corrientes de ingresos de las plataformas digitales y aquellos que lo hacen de los derechos de propiedad intelectual. Si Christophers pone objeciones al término «financiarización» por privilegiar solo un aspecto de un proceso más amplio, lo mismo podría decirse del análisis de Wark sobre la *vectorización*. Donde Wark y Christophers coinciden es en la tesis de que una nueva lógica rentista/vectorial ha desplazado al capital productivo de su posición dominante. Esta es la segunda área que necesita mayor reflexión. El libro de Benanav describe cómo el modo de producción capitalista ha alcanzado un punto de agotamiento, pero sus conclusiones sugieren que continúa marcando el ritmo de la reproducción social. A pesar de la rentarización, Benanav muestra cómo las fortunas de las economías más ricas han permanecido «fuertemente atadas a la suerte de sus sectores industriales». En ausencia de un motor de crecimiento alternativo, la feroz competencia industrial sigue siendo la fuerza impulsora de la economía global, lo que explica por qué las empresas «han reaccionado a la sobreacumulación tratando de hacer que su capacidad manufacturera sea más flexible y eficiente en vez de ceder el terreno a empresas de otros países que producen con costes menores»<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> A. Benanav, *Automation and the Future of Work*, cit., p. 36.

El capitalismo bien puede encontrarse en estado moribundo, pero parece demasiado pronto para declararlo muerto.

Aunque el libro de Wark sacude la conciencia histórica del lector presentando un mundo en proceso de evolución, no llega a identificar sendas de avance. *Capital is Dead* elabora la tesis de uno de sus libros anteriores, *A Hacker Manifesto* (2004), escrito en un momento en el que parecía «que la única cosa que realmente podía constituir la base de los bienes comunes era la información». En aquel momento, compartir archivos entre particulares estaba haciendo volar por los aires a la industria cultural y los productores de información estaban empezando «a pensar no solo sobre sus intereses profesionales o comerciales, sino sobre sus intereses de clase». Quince años después, Wark parece mucho menos optimista sobre las posibilidades de resistencia. Se han inventado nuevas técnicas para «la apropiación de la creación» hasta el punto de que la producción de la información puede ser externalizada al «trabajo gratuito». «Incluso cuando simplemente paseas por la calle, el teléfono en tu bolsillo está recogiendo datos que envía a alguna entidad vectoralista». También la política *hacker* parece ahora mucho más ambigua. Aunque ha habido notables ejemplos de autoorganización, como las huelgas de Google en 2018, la clase *hacker* parece atravesar «tiempos difíciles pensando en sus intereses comunes, porque los tipos de nueva información que producen sus diversas subfracciones son todos ellos muy diferentes». Los tipos de empresas que surgen en Silicon Valley son muy propensos a quedar atrapados en ambiciosos sueños de desarrollo empresarial, aunque rara vez se cumplan<sup>31</sup>.

Hacia el final del libro, Wark pide una política de «acomunismo» (un juego con ateísmo): «Somos libres de desear otro proyecto para lo que pueda venir después del capitalismo. No será el comunismo; al final, el abandono del capital por medio de una revolución externa fue un camino que no se tomó». Si la clase *hacker* no asume una nueva subjetividad revolucionaria, no están claras qué posibilidades de acción contempla Wark. Quizá derrotada por su propio experimento intelectual, los capítulos finales recaen en una acusada melancolía de izquierda: «Admitamos, camaradas, que somos gente derrotada. No habrá una segunda oportunidad para nosotros». Nos queda poco que esperar: el capitalismo está muerto, el comunismo ha perdido el barco, y ahora estamos atascados en algo peor<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> M. Wark, *Capital Is Dead: Is This Something Worse?*, cit., pp. 54, 115, 48.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 142, 169.

*Una economía mixta*

Por el contrario, *Rentier Capitalism* esboza una batería de propuestas políticas para la desrentarización. En una exposición meditada y clara, Christophers exige, entre otras cosas, una política más estricta sobre la competencia, una tributación más elevada de las ganancias de capital y la nacionalización de ciertos sectores de la economía. Los sectores socializados serían gestionados por diferentes niveles del Estado o por órganos comunales. Desde esta perspectiva, se adoptaría una política industrial *dirigiste* con el apoyo de bancos de inversión públicos. Una de las tareas más acuciantes de este vigorizado sector público sería imponer un urgente proceso de descarbonización. Sin duda, la economía privada «no rentista o mínimamente rentista» seguiría en vigor. Un considerable número de activos seguirían siendo de propiedad privada y serían comercializados para obtener beneficios, entre los que se encontrarían algunos activos financieros, la propiedad intelectual y, de manera importante, la vivienda. Pero se nos insiste en que el punto central es que los propietarios del capital no serán «alentados y capacitados para ser rentistas». Poniendo sus cartas sobre la mesa, Christophers sostiene que «una ecología mixta y plural de propiedades sea probablemente el mejor objetivo y, sin duda, el resultado política y económicamente más viable»<sup>33</sup>.

Christophers señala que en esta sociedad, «los recursos económicos estarían sujetos a un control mucho más disperso y democrático», algo que hace que merezca la pena perseguir esta agenda. Sin embargo, exagera cuando describe el carácter radical de esta perspectiva. Quizá anticipando acusaciones de reformismo, Christophers afirma que sería imposible llamar a lo que él propone «simplemente “capitalismo” en cualquiera de los diversos sentidos en los que hemos llegado a utilizar la palabra»; «por ello no es el capitalismo lo que se estaría salvando»<sup>34</sup>. Como se indicaba anteriormente, no está claro qué es lo que Christophers entiende por capitalismo y por ello cuáles son los «diversos sentidos» de la palabra con los que está trabajando, pero, ¿qué pasaría si simplemente llamáramos a su visión capitalismo *socialdemócrata*?

Sin duda la agenda que propone es urgente, como mínimo debido a la amenazante catástrofe medioambiental. Desde la perspectiva de la resis-

---

<sup>33</sup> B. Christophers, *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, cit., p. 393, 407.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 408.

tencia anticapitalista, incluso puede que sea deseable como programa de transición hacia otra cosa, como han sostenido los defensores más radicales del *Green New Deal*<sup>35</sup>. Pero presentar esto como una manera de trascender el capitalismo parece algo carente de imaginación y realmente autolimitado, especialmente considerando que lo que Christophers propone se parece mucho a una recuperada versión de los regímenes socialdemócratas de la llamada era fordista, únicamente salpimentada con más consideraciones medioambientales y menos vivienda pública. Pero las economías mixtas de ese periodo estaban sin duda dentro de los límites de toda una variedad de definiciones de capitalismo. Esto nos lleva a un problema diferente pero relacionado. Los regímenes redistributivos del periodo de posguerra se basaban en unos sectores industriales muy rentables. Sin embargo, en la actualidad, vivimos en un mundo de sobredesarrollo y mercados saturados. Del análisis de Christophers puede deducirse que deshacerse del peso muerto del rentista sería suficiente para abrir un renovado ciclo de productividad industrial. Sin embargo, la cuestión decisiva no abordada es si la «edad de oro» del capitalismo socialdemócrata puede ser recreada en una era de estancamiento secular, donde no existen oportunidades para el crecimiento como las que ofrecía la reconstrucción o la emulación y homologación de la industrialización.

### *Plena socialización*

En los capítulos finales de *Automation and the Future of Work*, Benanav sostiene que las soluciones que contempla la economía mixta, como las adelantadas por Christophers o por los defensores de izquierda de la renta básica universal, no solo son poco realistas en un contexto de estancamiento secular, sino que tampoco van a tener incidencia en el escenario del conflicto de clase. Estas opciones obvian el hecho de que, en una economía mundial en la que hay poco crecimiento que redistribuir, «la lucha distributiva se convertiría rápidamente en un conflicto de suma cero entre el trabajo y el capital». Como en el periodo de posguerra, el capital recurriría a «la huelga de capitales, la artillería pesada del conflicto de clase», con la diferencia de que actualmente los riesgos serían mayores, ya que los deprimidos niveles de inversión y el galopante desempleo hacen que la desinversión sea un arma todavía más poderosa. (Cómo podría incidir esta dinámica de escalada en un mundo

---

<sup>35</sup> Thea Riofrancos, «Plan, Mood, Battlefield: Reflections on the Green New Deal», *Viewpoint*, 16 de mayo de 2019.

de tipos de interés negativos es algo que no se contempla). Para defenderse de la insubordinación de las elites empresariales, los gestores de ese Estado reformista necesitarán «amenazar a las empresas con la socialización total» y sostener esas amenazas «difundiendo un plan para acabar con la empresa privada» con el respaldo de movimientos sociales masivos. Incluso entonces, «al afrontar semejante *salto mortale*, los partidos reformistas habitualmente se han echado para atrás». El ejemplo está en el Plan Meidner, que culminó en la capitulación de los socialdemócratas suecos en la década de 1970. En vez de considerar ello como un impedimento, Benanav se inclina por la opción de la plena socialización y traza una alternativa al margen del mercado para salir del actual punto muerto, lo cual no significa que busque respuestas en la planificación central, que resultó ser «tanto económicamente irracional como ecológicamente destructiva, llenando los almacenes de productos de mala calidad y demostrando ser propensa a caer en la burocratización autocrática»<sup>36</sup>. En vez de ello, se inspira en la tradición de la posescasez, esbozando los contornos de un modo de existencia alternativo basado en la división aristotélica entre la *esfera de la necesidad* y la *esfera de la libertad*.

La esfera de la necesidad tiene que ser administrada por una lógica de justicia cooperativa que asegure la provisión de la totalidad de los bienes y servicios al margen del mercado. Para Benanav, estas necesidades incluirán «la vivienda, la alimentación, el vestido, los bienes comunes intermedios y finales, las instalaciones de saneamiento, agua y electricidad, la asistencia sanitaria, la educación, el cuidado de niños y ancianos, los medios de comunicación y transporte, etcétera», los cuales serían asignados mediante instituciones sociales capaces de suministrarlos abundantemente. Significativamente, señala que semejantes necesidades no estarían determinadas *a priori*, sino decididas de acuerdo con un criterio democrático. Estas tareas podrían exigir entre tres y cinco horas diarias de trabajo, aunque este tiempo de actividad podría concentrarse en diferentes momentos del año o de la vida del trabajador, estableciendo previsiones «para el descanso, los viajes, los duelos o la inmersión cultural». No habría un plan central, sino una serie de planes parciales que se superpondrían, con algunos aspectos administrados a escala local y otros coordinados a escala global mediante avanzadas tecnologías informáticas. Habría que disolver las distinciones existentes entre trabajo asalariado y no asalariado, que tradicionalmente han confinado a la mujer en la esfera del trabajo en el hogar. Previsiblemente

---

<sup>36</sup> A. Benanav, *Automation and the Future of Work*, cit., pp. 78, 70-71, 79, 81.

también habría alguna clase de sistema sancionador «para hacer que los productores fueran responsables cuando fracasan en cumplir estándares sociales democráticamente establecidos», aunque estas sanciones no privarían a los productores de su parte del excedente social<sup>37</sup>.

La administración de las necesidades sociales y la reducción de la jornada de trabajo serían «la condición de posibilidad de todo lo demás que queramos hacer»: el reino de la libertad. En un precioso pasaje, Benanav imagina el florecimiento de actividades que no pueden describirse simplemente como trabajo u ocio: «Pintar murales, aprender idiomas, construir toboganes de agua o descubrir nuevas maneras de hacer tareas comunes para realizarlas en menor tiempo [...] escribir novelas o reinventarse a uno mismo mediante la educación o la exploración». El fin de la escasez socialmente determinada «permitiría a la gente establecer asociaciones voluntarias con otras personas de todo el planeta, unirse a consorcios de investigadores matemáticos, clubs para inventar nuevos instrumentos musicales o federaciones para construir naves espaciales». Para la mayoría, «esta sería la primera vez en su vida que podría establecer acuerdos verdaderamente voluntarios sin tener una pistola en la cabeza en forma de una constante inseguridad material». En ausencia de la competencia de mercado, no habría «ninguna trayectoria de crecimiento establecida» y la implantación de mejoras de la productividad probablemente llevaría más tiempo que en la actualidad. Pero tampoco habría ninguna necesidad de crecer al ritmo actual, ya que «la mayoría de las tareas derivadas de la necesidad serían servicios cuya productividad es difícil de elevar sin sacrificar la calidad». En una declaración reminiscente del concepto de «tiempo de trabajo histórico» de Moishe Postone, Benanav resalta que en esta sociedad, lo que actualmente llamamos «capital [sería] reconocido por lo que es: nuestra herencia social común. Construido a lo largo de generaciones, no perteneciente a nadie y perteneciente a todos, es aquello sin lo cual nadie puede alcanzar sus objetivos fundamentales o siquiera imaginarlos»<sup>38</sup>.

Desde luego, muchos temas espinosos quedan olvidados en este cuadro, como el papel de la especialización y la experiencia, las dificultades que plantea los movimientos de población o los dilemas políticos que puedan surgir en el probable escenario de que la transición no se produzca simultáneamente y a escala global. Si los precedentes históricos sirven

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp., 86-90.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp., 91-92; Moishe Postone, «Necessity, Labour and Time: A Reinterpretation of the Marxian Critique of Capitalism», *Social Research*, vol. 45, núm. 4, 1978.



de guía, este nuevo mundo probablemente nacería sitiado, de manera muy parecida a la Comuna de París o a la Unión Soviética. Finalmente, la visión utópica de Benav evita el derrotismo de Wark, pero también la concreción de las propuestas programáticas de Christophers. No obstante, es una mirada audaz y necesaria más allá de la morbidez rentista del capitalismo, una mirada que hace que el sueño de un comunismo democrático y descentralizado sea una posibilidad casi tangible.